

## VIII Violencia

Estabamos al comienzo del verano del 41 y Josep me dijo que Albertina y su marido, nuestro común amigo Juan de Dios, estaban en Santander pasando 15 días de vacaciones; les acompañaban doña Petra y don Marcelino y, pásmense señores, un par de criaturas.

Dos días después cogimos el tren y aparecimos en la capital cántabra. No nos costó mucho encontrar a la familia: estaban dando un paseo por el puerto.

Don Marcelino, Juan de Dios y Tina nos saludaron con toda naturalidad. El único cambio que observé en Albertina eran sus constantes miradas al chico mayor, que corría en derredor nuestro lanzando patadas a diestro y siniestro.

Doña Petra, con el otro chicuelo en brazos, un niño de pocos meses, me sorprendió con su simpatía y su amabilidad. Creo que me estaba infinitamente agradecida por haber dejado en paz a su hija.

Nos despedimos enseguida. Comimos algo y subimos al tren de vuelta.

\*\*\*\*\*

Ahora tengo que retroceder en el tiempo.

Debo contar que Josep vino también a Bilbao, destinado al Gobierno civil. Su rango jerárquico era superior al mío pero yo no era en absoluto su subordinado directo.

Mi amigo se empeñó en cambiar un poco mi mundo social. Me llevaba a buenas cafeterías, me invitaba a comer en la Sociedad Bilbaina, me presentaba a algunas elegantes muchachas...

Un domingo me llevó a Vitoria. Comimos con la familia de un catedrático del Instituto: su hija, Aurora, era una chica inteligente, sensata... y guapa.

Volvimos a menudo a Vitoria, y algunas veces fui yo solo. Me gustaba charlar con Aurorita; nos hicimos algunos regalos...

Josep me gastaba bromas sobre aquella relación...

\*\*\*\*\*

En mi trabajo fui cogiendo experiencia. Varias veces por año teníamos alguna mujer asesinada por el novio o por el marido... o por el exmarido.

Cuando hablaba con mi amigo de estos casos, él opinaba que era lo de siempre, lo que él llamaba "crímenes pasionales". Si acaso admitía que el hecho de que cada vez más mujeres se incorporaran al mundo laboral provocaba un incremento de los casos, lo que él llamaba un cambio cuantitativo.

Yo callaba, pero tenía para mí que el cambio era de calidad. Mi experiencia con el crimen me había hecho notar lo que yo llamaba el “factor social”. Y había encontrado multiples ejemplos: el empresario que ordenaba asesinar al sindicalista porque le dificultaba el mando en su empresa; el político que mataba a un cura porque le criticaba desde el púlpito; el alumno que disparaba a su profesor porque éste se burlaba de él en clase...

Y yo entendía que algunos casos de mujeres asesinadas presentaban este “factor social”. No había marido celoso por amor, sino marido celoso por una cuestión de reconocimiento social. Y esto, me parecía a mí, iba a ir a más por la incorporación de la mujer al mundo de la empresa.

\*\*\*\*\*

El 17 de Agosto me avisaron de que una chica había sido asesinada en mi barrio, en Recalde.

Fui al Hospital y el forense me dijo que todavía no había muerto. Me acompañó a verla y me llamaron la atención unos preciosos ojos azules en medio de una cara absolutamente desfigurada por un número incontable de golpes, y que, a su vez, estaba enmarcada en una sedosa y rubia cabellera.

-Tiene siete costillas rotas –me dijo el doctor-; una muñeca hecha añicos; el fémur fracturado; y lo que es peor: el cráneo fracturado por un tremendo golpe en la nuca. Pero quiere agarrarse a la vida.

-¿Nos oye?

-No sólo nos oye, sino que nos ve; observe como sus ojos nos siguen.

El médico me señaló al padre de la chica. Era viudo y claramente se veía desbordado por el suceso.

\*\*\*\*\*

Me informaron que la habían oído quejarse al final de la calle Goya, hasta donde se había arrastrado desde unos arbolitos cercanos. Antes nadie había escuchado el menor ruido.

Fui al lugar, pero estaba completamente pisoteado y no había nada interesante; lo único que pude observar fue un rastro de sangre desde los árboles hasta la calle.

Parece que la noche del 16 había estado en una fiesta con otros chicos y chicas: música, bebida, alegría, en fin, lo normal.

En cualquier caso, fui recibiendo a todos en mi pequeña mesa; mi compañero se trasladó para dejar su silla libre para los muchachos. Se notaba que estos estaban asustados, pero no pude sacar gran cosa de ellos. Bueno, dos de ellos, me dejaron inquieto.

Begoña era una chica morena y guapetona y me llamó la atención cierta insensibilidad hacia el problema. Por otra parte, era evidente que no tenía nada que ver, pero su actitud incrementó mi interés, mi tensión por el caso.

En cuanto a José Luis, se desmayó cuando le mostré una foto de la pobre muchacha medio muerta: se llamaba Ana mari Smith.

\*\*\*\*\*

El 19 me llamó el muchacho del desmayo, José Luis. Le cité y se presentó en mi mesa.

El chico lánguido que yo conocía se había transformado: tenía una mirada absolutamente decidida. Le conté que los médicos empezaban a creer en una pequeña posibilidad de que Ana mari viviera. Esto acentuó más su mirada.

-Creo –dijo- que esto es cosa de Juan Manuel.

Como yo no decía nada, continuó:

-Mire usted, Ana mari había salido algunas veces con Juan Manuel; ya sabe, ir al cine, a bailar... Pero ella es una chica algo voluntariosa, no me mal interprete... y le había plantado. Pues al principio de la fiesta él había intentado hablar con ella, un poco apartados, en voz baja, ya sabe usted... y de repente oímos que Ana decía: “¡Déjame en paz, cabrón de mierda!” Y al cabo de un cuarto de hora él se fue.

-¿Y tú crees que eso justifica un crimen?

-En este caso, sí lo creo –me dijo con mirada firme.

Le acompañé a la puerta y le tranquilicé; le dije que resolveríamos el caso.

\*\*\*\*\*

El caso iba bastante bien. Teníamos dos sospechosos muy conocidos para la policía y las piezas iban encajando.

Eran dos matones bastante escurridizos. Dos hermanos de cuerpo fuerte aunque de formas muy diferentes. También sus mentes eran muy distintas pero sabían actuar de común acuerdo.

Sospechábamos que habían intervenido en varios crímenes de encargo y de momento no actuábamos por falta de pruebas. Pero en julio había ocurrido uno de estos “accidentes” en Galicia y, casualmente, nuestra pareja había estado de vacaciones no muy lejos.

Y en nuestro caso, teníamos un testigo que les había visto hablando con Ana mari el día 16, al salir de la fiesta. Estábamos trabajando los detalles del asunto sin molestar por el momento a los dos hermanos.

\*\*\*\*\*

El día 20 por la mañana me llamó Aurora; pensaba hacer una excursión con Josep que incluía una visita a mi madre.

Pensé que Aurori estaba dando un paso adelante en lo que a nuestra relación se refería; contando con la ayuda de Josep, claro. Pensé también que las chicas intentaban abandonar una postura vieja de total pasividad para tomar pequeñas iniciativas. Era lógico.

Como es natural, no tenía otra alternativa que desplazarme aquella tarde a mi pueblo; por cierto, hacía un mes que no veía a mi madre.

Pero llegó la tarde y yo no había ido a mi cita con Aurori, Josep y mi buena madre. Yo estaba en el Hospital, en el cuarto de Ana mari.

Yo estaba sentado pensando en el modo de trincar al par de monstruos que habían hecho aquella barbaridad, aunque de vez en cuando echaba una mirada a la chica. Ella movía sus ojos buscando todos los rincones de la habitación y de vez en cuando se detenía en un punto concreto: ¡señores, se paraba a mirarme a mí!

\*\*\*\*\*

El 21 fui a ver a mi madre.

Le temblaba el labio inferior de ira, pero me habló con voz suave:

-Mira, esa chica era ideal para tí. Pero lo de ayer no te lo perdonaré nunca. Se quitó del cuello una cadena con la Virgen del Carmen que tú le habías dado y me encargó que te la devolviera; y sacó del bolso una máquina de fotos y me hizo el mismo encargo.

Luego me levantó la voz como nunca lo había hecho:

-¡Martín, eres un chorra al aire!

Por fortuna Antón no entendía de estas cosas. En cuanto a mi hermana y a mi padre, ni siquiera les vi.

Josep nunca me habló del asunto y nuestra buena amistad siguió por los mismos rumbos tranquilos.

\*\*\*\*\*

El 23 por la tarde estaba en una cafetería de lujo con Josep. Se acercó a nosotros el chico del desmayo, José Luis, y me señaló una mesa en otra parte del café, algo más elevada y amplia.

-Mire, aquel es Juan Manuel.

Una décima de segundo me bastó para observarle. Luego tranquilice al chico una vez más y se fue.

Estuvimos allí una hora y pude mirarle a mi gusto varias veces; cada vez me gustaba menos. Su modo de tratar a la muchacha era obsequioso hasta el extremo; demasiado atento. Por fin se levantaron y salieron; él la ayudaba continuamente, con la silla, con la chaqueta, con los escalones, con la puerta...

\*\*\*\*\*

El 25 de Agosto el trabajo se nos acumulaba. Teníamos a los dos matones a buen recaudo; cada uno en su celda.

Estuvimos de acuerdo en que el más alto era un carácter leñoso, inasequible; pero el más bajito era, en cambio, capaz de emociones, y por tanto el que debíamos atacar.

-Mira, Pablo –le decía mi compañero- lo sabemos todo. Ahora lo único que te puede convenir es explicarnos tú lo que ocurrió...

-Pues si ya lo sabéis todo...

Con toda paciencia mi colega le leyó el escrito en el que habíamos reconstruido el ataque. Como abordaron a la chica, como la metieron en el coche, como la amordazaron; luego la secuencia detallada de golpes que el forense había descrito; incluso la diferencia de altura entre los dos nos permitía asignar los golpes individualmente...

-Creemos que el golpe mortal en la nuca lo diste tú, pero queremos darte la oportunidad de que lo confieses...

-No, no fui yo.... –se notaba que el tal Pablo era sincero.

\*\*\*\*\*

El jefe estaba contento. Teníamos por fin a aquel par de canallas.

Yo había hablado a mi compañero de la posibilidad de que existiera un inductor. Él se lo dijo al jefe.

-Vosotros veréis –contestó-. Pero tenemos el caso bien centrado. No me lo jodáis ahora.

Decidimos no estropear un asunto que estaba bien centrado.

\*\*\*\*\*

El 31 de Agosto yo estaba en el Hospital.

Los médicos me habían explicado que la recuperación de la muchacha era espectacular.

De repente entró el tal Juan Manuel. Los ojos de la chica se fijaron rígidos en él. Su expresión era diferente a la habitual. ¿Qué era aquello?

Él, por su parte, dirigió unas palabras suaves y cariñosas a la chica.

También conmigo tuvo unas frases afectuosas. Luego se fue.

\*\*\*\*\*

El 15 de Septiembre me llamaron del Hospital.

El doctor me aclaró:

-No, fuera de peligro no. Está maravillosamente.

La fractura de la pierna estaba soldada y las costillas perfectas. El cráneo estaba bien, aunque se debía tener cuidado. En cuanto a la muñeca, ya no le dolía, aunque nunca recuperaría su flexibilidad.

-Quiere hablar con usted –concluyó el médico.

Entramos en la habitación y me quedé pasmado. A pesar del trenzado de cicatrices que recorrían su rostro, tuve que admitir que estaba ante una muchacha guapísima.

Me cogió la mano, y al comenzar a hablar pude ver sus dientes destrozados:

-Ya sé que usted ha venido a verme muchas veces....

Luego estuvo callada unos minutos. Al fin continuó:

-Ese hombre que entró aquí hace días estando usted, ese Juan Manuel... al salir de la fiesta aquella noche... estaba hablando con los dos que me secuestraron....

Yo oprimí su mano con la mía un instante y salí volando.

\*\*\*\*\*

Se ordenó la busca y captura del tal Juan Manuel y trajimos al Pablo para interrogarlo.

No tardo mucho el canalla en contarlo todo. Incluso su hermano acabó ratificando la declaración de Pablo.

En cuanto al inductor no se le volvió a ver el pelo. De hecho, desde el día en que entró en la habitación del Hospital topándose conmigo, nadie había vuelto a verle..